

LAS MUJERES EN EL MERCADO DE LAS MAYORÍAS

Raquel Puente y Silvana Dakduk

La mujer actual se desempeña como pareja, madre, ama de casa, empresaria, integrante de un consejo comunal y más. Esta multiplicidad de facetas les produce, según algunos expertos, estrés y ansiedad; mientras que, para otros estudiosos, aumenta el número de oportunidades para la superación personal y la mejora de su autoestima y su calidad de vida. ¿Quién tiene la razón? ¿Cuáles son las implicaciones de estos mitos y realidades para las empresas interesadas en atender el mercado de las mayorías?

LAS EMPRESAS INTERESADAS EN ATENDER EL MERCADO de las mayorías necesitan conocer a las mujeres, pues de este saber dependerá que sus innovaciones respondan a las necesidades y los deseos de quienes constituyen el componente clave de ese enorme mercado. La mujer de las mayorías es luchadora y cumple múltiples papeles, administra el presupuesto del hogar y es fuente de inspiración y alegría.

Las mujeres de las mayorías definen su cotidianidad de dos maneras: como experiencias y como responsabilidades sociales. La experiencia constituye la fuente del significado de su vida. Las responsabilidades sociales se refieren al carácter multifacético de lo que hacen cada día: atender el hogar, criar a los hijos, acompañar a sus parejas, estudiar, ejercer una profesión, colaborar en sus comunidades. Algunas mujeres se perciben como muy eficientes en el desempeño de sus ocupaciones, lo que incide en su autoestima. Ahora bien, a medida que la educación y la percepción de oportunidades laborales empeoran, también lo hacen la autoestima y la sensación de satisfacción: las mujeres experimentan una sensación de remordimiento, de querer volver atrás para aprovechar las oportunidades consideradas perdidas.

Un criterio importante de diferenciación entre las mujeres de las mayorías se deriva del hecho de desempeñar o no el papel de madre. Tener hijos implica un grado mayor de compromiso personal, y la presión de salir adelante se convierte en un estímulo de progreso y superación. Otra diferencia clave viene dada por su ubicación en un estrato socioeconómico y el estilo de vida que se deriva de esa circunstancia.

La mujer venezolana de hoy

La mujer de hoy, sin importar donde se desenvuelva, desempeña un número creciente de papeles en la sociedad: pareja, madre, abuela, compañera, amiga, jefa, colaboradora, ama de casa, miembro de la junta de condominio o del consejo comunal, cliente, empresaria y pare usted de contar. En lo que no parece haber un consenso es en la relación de esta multiplicidad de facetas con su bienestar. Para algunos expertos esto le ha traído a la mujer estrés y conflicto, trastornos maritales y familiares, y en consecuencia depresión, ansiedad y peor calidad de vida (Major, 1993). Desde otro punto de vista, al asumir responsabilidades fuera del hogar, el bienestar de la mujer aumenta, pues cuenta con más poder económico y reconocimiento social, además de mayores oportunidades de superación, que mejoran su autoestima y su calidad de vida (Barnett y Marshall, 1991).

Las mujeres venezolanas no escapan de esta realidad. Las venezolanas han modificado su comportamiento reproductivo (menores índices de natalidad), han mejorado su perfil educativo y han incrementado significativamente su participación en las actividades remuneradas. Como ocurre en toda América Latina, las venezolanas han asumido nuevas responsabilidades sociales y familiares como estrategias para salir de la pobreza, en el caso de las que pertenecen a los estratos de menores ingresos (Paredes, 2005).

Las mujeres de las clases populares encaran, de acuerdo con Rosa Paredes (2005), desventajas adicionales a las enfrentadas por los hombres. Además de participar en actividades económicas al igual que ellos, tienen la responsabilidad de las tareas domésticas, la administración del hogar, la atención de la familia y las labores comunitarias. Por si esto fuera poco, las mujeres deben enfrentar desigualdades laborales (específicamente, menores salarios que los hombres con el mismo nivel educativo, por segregación en la calidad de los trabajos o las jerarquías) y se han visto más afectadas por la recesión, porque la restricción del gasto público en servicios sociales atañe directamente a la mujer, y las empresas contratan menos personal femenino en épocas de contracción económica, por considerarlo más costoso (debido a las primas de maternidad y los períodos de reposo por parto).

Para contribuir a la comprensión del complejo mundo de la mujer venezolana de las mayorías se llevó a cabo una investigación cualitativa, en dos comunidades populares de la ciudad de Caracas: Petare y Las Mayas. Específicamente, se recogió información de cuatro grupos focales, en los cuales participaron mujeres pertenecientes a los estratos socioeconómicos D y E, con edades comprendidas entre 18 y 40 años, con o sin hijos, que se desempeñan en distintos tipos de actividades (amas de casa, trabajadoras independientes, empleadas).

Las facetas de las mujeres de las mayorías

Las mujeres de las mayorías definen su cotidianidad de dos maneras: como experiencias y como responsabilidades sociales. La experiencia tiene que ver con la construcción, a partir de lo que se hace en la cotidianidad, de aquello que da sentido a la propia existencia. La experiencia termina convirtiéndose

en la base para el resto de las acciones de la vida: es pasado, pero a la vez presente y futuro, designa lo que han hecho y lo que harán: «Me parece que es la cosa más importante que tengo en mi vida, mi día a día» (Grupo Las Mayas, 18 a 25 años, D, sin hijos).

La noción de papeles sociales, por su parte, tiene que ver con el carácter multifacético de lo que debe hacerse en ese «día a día»: estudiar, atender el hogar, ejercer una profesión, criar a los hijos, acompañar a la pareja, colaborar en la comunidad. Estas facetas pueden solaparse y entretrejer la compleja identidad de las mujeres de las mayorías. Son responsabilidades complementarias y lo que varía es el peso relativo que las mujeres les atribuyen en sus vidas, tomando en cuenta las condiciones de cada una: «Tengo 24 años, estoy buscando empleo, pero todavía no lo he conseguido porque en realidad está muy difícil, estoy cuidando a mi hijo y estoy estudiando también» (Grupo Petare, 18 a 25 años, E, mixto); «Se está realizando un consejo comunal y entonces nos piden organizar las reuniones» (Grupo Las Mayas, 26 a 40 años, D-E, madres); «Tengo 33 años, trabajo en una agencia de lotería, encargada de un negocio, soy casada y tengo una hija» (Grupo Petare, 26 a 40 años, D-E, mixto).

Para las madres que no trabajan, la labor implica hacerse cargo del hogar, de la crianza y protección de los hijos, sin excluir, en algunos casos, la realización de actividades extras de manera informal y no sistemática, para obtener un dinero que les ayude a cubrir sus necesidades. Las mujeres que no son madres pero trabajan tienen como responsabilidad colaborar

Un criterio importante de diferenciación entre las mujeres de las mayorías se deriva del hecho de desempeñar o no el papel de madre. Tener hijos implica un grado mayor de compromiso personal, y la presión de salir adelante se convierte en un estímulo de progreso y superación

con su manutención y, en algunos casos, la de sus hogares. Finalmente, las que sólo estudian están amparadas por los padres, en primera instancia, que se encargan de proveer el sostén necesario para que sus familias salgan adelante. La condición de madre y trabajadora se percibe como un «trampolín» económico y social: los hijos son sustentados para que sean ellos quienes, en un futuro cercano, «minimicen» las cargas de la manutención familiar y contribuyan a ascender o al menos mantener a flote la familia ante las múltiples necesidades: «Cosiendo, cosiendo para que te paguen un sueldo, porque tengo dos hijos grandes; pagar estudios, pagar universidad, pagar liceo, para que ellos terminen y minimicen los gastos» (Grupo Las Mayas, 26 a 40 años, D-E, madres).

En otros casos, el trabajo sirve para lograr independencia económica y autonomía en el desarrollo de otras facetas como, por ejemplo, el de madre y mujer: «Yo por lo menos me siento en la obligación, porque tengo una niña y soy madre soltera y a juro tengo que trabajar para darle a mi hija... porque quiero independizarme, quiero vivir sola con mi hija» (Grupo Petare, 18 a 25 años, E, mixto).

Una responsabilidad de especial mención es el de administradora de las finanzas del hogar. Las mujeres madres o esposas experimentan esa actividad con desagrado. La perciben como una carga que implica esfuerzo y dedicación. Según su apreciación, de no ser por las mujeres, esa labor quedaría a la deriva,

dado que los hombres no se identifican con esta obligación o no están preparados para asumirla: «Él trae el dinero y apenas lo pone en la gaveta de la peinadora, donde se coloca siempre, ya yo estoy viendo de qué manera se va a distribuir ese dinero. Yo soy la que lleva la presión de lo que hay que pagar... Las mujeres somos las que tenemos que agarrar el volante de la economía de la casa» (Grupo Petare, 26 a 40 años, D-E, mixto).

Algunas veces la mujer tiene que negociar con su pareja para obtener un presupuesto justo o suficiente para el hogar, y perciben que la repartición carece de equilibrio. Esta situación genera frustración e insatisfacción, y conduce a ma-

Las venezolanas han modificado su comportamiento reproductivo (menores índices de natalidad), han mejorado su perfil educativo y han incrementado significativamente su participación en las actividades remuneradas

lestares que mantienen a la pareja en conflicto: «Los reales siempre llegaban estrictos; ejemplo, se ganaba un millón de bolívares, en casa quería dar trescientos, setecientos le quedaban a él, entonces como yo cubría los gastos de los niños y todo, yo con él sólo tuve una sola niña y yo un día me puse a pensar: mira, ¿qué pasa aquí? ¿Cuál es el balance tuyo?» (Grupo Petare, 26 a 40 años, D-E, mixto).

La mayoría de las mujeres se siente satisfecha con las tareas que realiza, como estudiante, profesional, trabajadora independiente, ama de casa o madre. Ser madre y ama de casa se vive con orgullo y beneplácito, su valoración como mujer viene dada por el desempeño en estas responsabilidades. Ser madre implica compromiso y entrega, que se revierten sobre la mujer en la tranquilidad de haber logrado un bienestar para sus hijos, de haberles provisto de las mejores condiciones posibles y, así, procurar en un futuro hombres y mujeres de bien: «Yo me siento bien en todo lo que hago, no me canso; más bien me aburro cuando no tengo nada que hacer. Me fascina atender a mis hijos, a mi hogar... Lo que me llena más es atender a mis hijos» (Grupo Petare, 26 a 40 años, D-E, mixto).

Dado que el desempeño de estas facetas no se realiza de manera aislada, sino en relación con los miembros del entorno familiar y social, resulta importante destacar la aceptación que la familia otorga a los papeles que estas mujeres ejercen. El estudio, el trabajo y la atención abnegada a los más cercanos representan atributos valorados por sus familias: «Ella siempre ha respetado las decisiones tomadas por mí. Lo que sí me critica es que siempre ando en la calle, que nunca estoy en la casa... Mi familia ve bien que estudie» (Grupo Las Mayas, 18 a 25 años, D, sin hijos).

Estudiar y desarrollar la vocación profesional constituyen motivos de profunda satisfacción. Los beneficios que otorgan estas actividades se relacionan con el placer que sienten por su realización. Estudiar tiene la recompensa de permitir el desarrollo del potencial propio y el cumplimiento de anhelos construidos desde la infancia.

En algunos casos estas mujeres no perciben apoyo de sus parejas sino que, por el contrario, notan un patrón de conducta machista: la mujer se encuentra «desnivelada» en su relación con el hombre: «Yo por lo menos tengo problemas, porque el papá de mi hija, en lo que yo le dije que estaba embarazada él se fue y más nunca... Él me negó mi hija... no le paré, no lo llamé, ni pendiente» (Grupo Petare, 18 a 25 años, E, mixto).

Cuando se trata específicamente el tema de la comparación entre hombres y mujeres, las mujeres de las mayorías

consideran de forma unánime que, en la actualidad, ellas se encuentran en posición de ventaja frente a los hombres. Destacan su deseo de superación y su capacidad para hacer sacrificios, a pesar de las situaciones difíciles. Su flexibilidad al ejercer múltiples papeles les permite resolver todo lo que surja en el camino: «Yo digo que los hombres no tienen esa desesperación que tenemos nosotras las mujeres. No somos conformistas, pues. Aspiramos siempre más, soportamos situaciones que ellos no... Por ejemplo, trabajamos, estudiamos y hacemos cosas del hogar» (Grupo Las Mayas, 18 a 25 años, D, sin hijos); «Ahorita las mujeres son muy eficientes y no hace falta un hombre para vivir» (Grupo Petare, 18 a 25 años, E, mixto).

En cuanto a la organización jerárquica de sus responsabilidades, para muchas mujeres solteras lo más importante es desarrollar su potencial en las distintas áreas de su vida, porque a partir de ahí pueden tener bases sólidas para construir los cimientos de una familia: «Sería importante primero estar independizada y tener un trabajo fijo antes de salir embarazada» (Grupo Petare, 18 a 25 años, E, mixto).

Las mujeres entrevistadas perciben que son muy eficientes en el desempeño de sus papeles principales (madres, estudiantes, hijas, esposas, hermanas, trabajadoras, profesionales), lo cual se refleja en la elevada autoestima que muestran. Ahora bien, a medida que el nivel educativo es menor empeora la percepción de oportunidades laborales, la autoestima y la sensación de satisfacción: las mujeres experimentan una sensación de remordimiento, de querer volver atrás para aprovechar las oportunidades consideradas perdidas; ellas hubiesen deseado «ir con más calma», haber organizado sus prioridades, no haber «metido la pata»: «Bueno, yo a veces sí me siento mal, porque a veces me gustaría tener algo donde estar con mi hija ofrecerle algo y me siento mal» (Grupo Petare, 18 a 25 años, E, mixto).

En general, estas mujeres se quejan por exceso de trabajo, tanto dentro como fuera del hogar, y sienten la necesidad de colaboración de hijos, pareja, padres, hermanos. Comparan una sensación: «Yo soy buena para lidiar con todo esto, pero es duro hacerlo sola».

Comparación social

La primera base de diferenciación entre las mujeres entrevistadas se refiere al hecho de ser madre o no. Tener hijos implica un grado mayor de compromiso y la presión de salir adelante se convierte en un estímulo de progreso y superación. Para muchas mujeres la cantidad de hijos les cierra las puertas del desarrollo profesional. Las mujeres sin hijos son percibidas por las madres como relajadas, sin mayores preocupaciones, libres, sin ataduras, sin una razón trascendente para vivir, porque responden al presente de sus deseos y necesidades personales: «Pueden trabajar, rumbar, salir» (Grupo Petare, 18 a 25 años, E, mixto).

La segunda categorización se basa en el estrato socioeconómico y el estilo de vida derivado de pertenecer a un grupo social determinado. Las mujeres con un estilo de vida más holgado son percibidas por la mayoría como «felices», porque «no se preocupan por nada». A diferencia de ellas, las mujeres pertenecientes a un estrato de mayores ingresos no tienen la presión de las riendas del hogar, porque cuentan con personas a su disposición que, por un sueldo, pueden atender esas funciones. En general, el hecho de pertenecer a un grupo social de mejor estatus se convierte en sinónimo de tranquilidad, despreocupación, prepotencia e incluso falta de implicación en la función materna: por estar inmersas en sí mismas, pierden la oportunidad de participar directamente en el desarrollo de sus hijos: «Cuando yo trabajaba en

el centro comercial Galería de Caracas, yo veía a esas mujeres de plata y la niñera le agarra las bolsas, o sea, no se dan mala vida, son felices» (Grupo Petare, 18 a 25 años, E, mixto); «La mayoría de esas niñas son... lo que se preocupan es porque estén bien, por ser mejores que las demás, no sé» (Grupo Petare, 18 a 25 años, E, mixto); «Yo te lo digo porque yo tengo a mi hijo en un equipo de pelota allá en Macaracuay y eso es de puros niñitos así... Hay veces que van las mamás de los niñitos en sus carros y llevan a los niñitos y ellas se van... Yo sí comparto con Jonfre porque a mí sí me emociona ver a mi hijo jugando» (Grupo Petare, 26 a 40 años, D-E, mixto).

Evolución de los papeles sociales femeninos por generaciones

El grupo familiar de las mujeres entrevistadas incluye padre, madre, abuela, hermanos y en algunos casos tíos o primos; entre las de mayor edad, lo único que varía es la presencia o ausencia de esposo. En los hogares de las mujeres de las mayorías se encuentra la presencia de varias generaciones, cuya extensión se amplía a lo largo del tiempo con la llegada de nuevos miembros; especialmente, hijos y, en algunos casos, nuevas parejas de la madre. Las familias son menos extendidas en los estratos de mayor ingreso.

Un caso que merece particular mención, y que se repite en todos los grupos, es el de las madres que conviven en su núcleo familiar de procedencia e insertan a sus hijos en él, sin que necesariamente los esposos formen parte de este vínculo. En estos casos, la madre-abuela representa la figura principal del ordenamiento familiar: dicta las pautas de vida para hijos y nietos, es la fuente de mayor conocimiento, es la matrona del hogar.

En todos los grupos, al hablar de la crianza, la principal figura de apoyo, transmisión de valores y admiración es casi de forma unánime la madre. En la mayoría de los casos, el padre, aunque esté presente en el hogar, resulta más bien accesorio o adicional. Para la mayoría de estas mujeres, el dinero no representa un componente fundamental al juzgar la calidad de la relación con padres o parejas: es una forma material de contribuir, pero no es suficiente para la construcción de la imagen de padre o madre ideal. El acompañamiento, los consejos y el ejemplo consciente, mediante el testimonio propio, es lo que da valor a la experiencia de ser madre o padre: estar «siempre ahí» es lo que marca la diferencia: «Todo lo que tiene ella es para nosotros, es una buena mamá porque nos ayuda a nosotros, o todavía nos ayuda cuando tenemos apuros, y siempre nos habla de lo bueno y de lo malo» (Grupo Petare, 18 a 25 años, E, mixto).

La madre constituye, en la mayoría de los casos, la principal figura proveedora de formación afectiva y moral. Los elementos de valor que las entrevistadas emplean al representar a sus madres resaltan cualidades como lucha, independencia, sensibilidad social, responsabilidad y acompañamiento constante a la familia como las bases y modelos para sostener el hogar. Las entrevistadas exponen su admiración y regocijo al relatar los ejemplos de sus madres, a las cuales parecen imitar en algún sentido, pues es justamente de ellas de quienes han aprendido a ser lo que son, o más bien lo que quisieran ser. Las madres constituyen el ideal, el prototipo, el deseo de cada una de ellas: «En mi caso, yo siempre he vivido con mi mamá y mi mamá me ha enseñado mucho... ha sido una mujer luchadora» (Grupo Petare, 26 a 40 años, D-E, mixto); «A que ella siempre ha sido independiente y de que no hace falta un hombre y de que se puede sola. Ya ahorita que ella sabe que voy a ser mamá me está enseñando» (Grupo Petare, 18 a 25 años, E, mixto).

Las expresiones anteriores sugieren que ser madre se aprende de generación en generación, por medio del ejemplo, y cuando se habla de ser buena hija se dice que se está siguiendo el paradigma materno. En cuanto a la modificación de estos papeles familiares a lo largo del tiempo, para las mujeres entrevistadas tales transformaciones pueden ser explicadas por la moda o la influencia de la presión social: los patrones del pasado pueden perder influencia o aceptación: «Bueno, mi tía salió embarazada y la hicieron casar, porque ella era de su casa y como salió embarazada la hicieron que se casara y ahora eso no se ve» (Grupo Petare, 18 a 25 años, E, mixto).

En la construcción de las responsabilidades actuales de estas mujeres, las madres son las proveedoras de los principales aprendizajes, en aspectos tan abstractos como la identidad y elementos tan concretos como la conducta.

Un tipo de conducta que se transmite a lo largo de las generaciones es la conducta de compra y consumo. Al respecto, las entrevistadas manifiestan que los comportamientos relacionados con la administración del hogar son enteramente aprendidos mediante el modelaje y la guía materna. Las mujeres jóvenes sin hijos reconocen que sus marcos de referencia varían según el tipo de consumo; por ejemplo, en su estilo de vida atienden la guía de sus amistades. Pero han

Las mujeres de las clases populares encaran desventajas adicionales a las enfrentadas por los hombres. Además de participar en actividades económicas al igual que ellos, tienen la responsabilidad de las tareas domésticas, la administración del hogar, la atención de la familia y las labores comunitarias

aprendido de sus familias —madres, tías, hermanos— en qué condiciones es más conveniente comprar, especialmente si se tiene poco dinero: «Usted agarra un ocumo, una auyama y un ñame... y yo siempre con lo que me decía mi mamá... ya sé como comprar la yuca, la auyama, el ñame» (Grupo Las Mayas, 26 a 40 años, D-E, madres).

Un perfil de la mujer en el mercado de las mayorías

Las mujeres de las mayorías son luchadoras y ejecutoras de diversos papeles sociales a la vez. Las madres que se vuelven abuelas se convierten en modeladoras de conductas, definen lo que es correcto y también lo mejor para el hogar. Es una mujer que quisiera un hombre que la quiera y respete a su lado, pero no está dispuesta a soportar a alguien que no le dé lo que necesita y mucho menos que abuse de ella, pues no depende de él económicamente ni para ser feliz, pues puede alcanzar su realización por medio de su familia; en particular, de sus hijos. Este perfil básico permite acercarse emocionalmente a esa mujer que toma las decisiones de compra y consumo en su hogar; es la compradora natural y también, en muchos casos, quien aporta los ingresos de la familia. ■

REFERENCIAS

- Barnett, R. y N. Marshall (1991): «Physical symptoms and the interplay of work and family roles». *Health Psychology*. Vol. 10. No. 2.
- Major, B. (1993): «Gender, entitlement, and the distribution of family labor». *Journal of Social Issues*. Vol. 49. No. 3.
- Paredes, R. (2005): «Las mujeres en Venezuela: estrategias para salir de la pobreza». *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*. Vol. 10. No. 24.

Raquel Puente y Silvana Dakduk | Profesoras del IESA